

DOI: <https://doi.org/10.18485/beoiber.2023.7.1.6>

Cristo Saavedra Sarmiento¹
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
España

ECOFEMINISMO Y BIOALFABETIZACIÓN EN LA POESÍA DE MARÍA VALERÓN ROMERO

Resumen

El presente artículo estudia cómo la perspectiva ecofeminista transforma la descripción paisajística en vehículo eficaz tanto para la bioalfabetización y la educación ambiental como para la promoción de la igualdad de género. A tal fin responde la elección de la poesía de María Valerón, pues sus textos no solo ofrecen una alternativa a los tratamientos antropocéntricos y androcéntricos del paisaje literario, sino que también hacen de la isla de Fuerteventura un lugar en el que la lucha de género se supera para alcanzar una perspectiva holística de una naturaleza en la que el ser humano, en su plural riqueza, es llamado a contribuir a la homeostasis biológica y cultural de los ecosistemas.

Palabras clave: María Valerón, ecocrítica, ecofeminismo, bioalfabetización, paisaje literario.

ECOFEMINISM AND BIO-LITERACY IN THE POETRY OF MARÍA VALERÓN ROMERO

Summary

This article studies how the ecofeminist perspective transforms landscape description into an effective vehicle both for bioliteracy and environmental education and for the promotion of gender equality. The choice of María Valerón's poetry responds to this end, since her texts not only offer an alternative to the anthropocentric and androcentric treatments of the literary landscape, but also make the island of Fuerteventura a place in which the gender struggle is overcome to achieve a holistic perspective of a nature in which the human being, in its plural richness, is called to contribute to the biological and cultural homeostasis of ecosystems.

Key words: María Valerón, ecocriticism, ecofeminism, bioliteracy, literary landscape.

¹ cristo.saavedra101@alu.ulpgc.es



1. Introducción

Es lugar común humanizar la naturaleza con rasgos femeninos y hacer de naturaleza y mujer objetos cíclicos que encarnan un principio creador similar. Esta visión — tradicional y esencialista — es aliada de un sistema capitalista y patriarcal que ve en ella un medio para subsistir y para perpetuar las prácticas que han relegado a mujer y naturaleza a la categoría de cosas y, de esta manera, justificar y facilitar su explotación. La naturaleza y la mujer son, desde tal perspectiva, un recurso productivo, propiedad del hombre y puesto a su servicio.

Dado el vínculo cultural entre lo femenino y lo natural y dada su aceptación generalizada en el imaginario colectivo, no es casual que el feminismo se haya servido de la asociación mujer-naturaleza para denunciar la posición subalterna de la primera, su postergación al ámbito familiar y privado y la marginación secular que ha sufrido en el acceso a la educación y en la toma de decisiones políticas. Tampoco es casual que las propuestas ecologistas también se hayan servido de la asociación mujer-naturaleza para denunciar la explotación industrial de los recursos naturales.

El ecofeminismo, en tanto manifestación del feminismo y del ecologismo, recurre al uso de tal asociación para poner sobre la palestra que el deterioro medioambiental del planeta se debe a la consideración de la naturaleza como algo externo al ser humano, algo que está ahí para su servicio y para ser explotado hasta la extenuación, y así lo señala Marrero Henríquez cuando indica que «en plena era del antropoceno, [...] el desarrollo de la especie humana viene repercutiendo de manera negativa en la salud de la tierra considerada en su conjunto como un inmenso ecosistema» (2012: 12).

La naturaleza, como la mujer, queda relegada a la función reproductiva, a proveer de materias primas a una humanidad liderada por la voluntad masculina y por su manera de entender el bienestar y el progreso. Así las cosas, el ecofeminismo entiende que, frente a la crisis ecológica, se hace necesario redefinir las relaciones, hasta ahora verticales, no solo entre el hombre y la mujer, sino también entre ambos y su entorno. La asociación mujer-naturaleza, una aliada servil de la mentalidad patriarcal y de sus intereses, ha de transformarse en la asociación ser humano-naturaleza en un proceso continuado de educación biológica en el que la única relación válida entre hombre y mujer y entre ambos y la naturaleza es la de reciprocidad.

2. Por qué eco, por qué feminismo y por qué María Valerón

El feminismo proviene de la comunión entre mujer y naturaleza, de modo que el feminismo es «eco» por definición y, aunque Janet Biehl haya señalado que «el ecofeminismo es tan diverso que no tiene centro» (Gates 2010: 174-175), hay que reconocer



que el papel de la mujer como representación del mundo natural es un lugar común y uno de sus temas recurrentes.

De [esta] conexión simbólica da cuenta la mirada crítica sobre una ideología que naturaliza o animaliza a las mujeres y feminiza a la naturaleza, algo que ya cuestionaron Simone de Beauvoir o Kate Millet, y que se refleja en las metáforas de “madre naturaleza”, “madre tierra”, etcétera. (Antón Fernández 2017: 48)

¿Por qué no romper entonces con los «centrismos» y fomentar un feminismo que sea multidisciplinar y transversal y que, a través de la lectura de textos literarios, contribuya a la bioalfabetización de los lectores más allá de consideraciones esencialistas de género? A tal propósito pedagógico apunta Alicia Puleo, para quien los discursos ecofeministas de carácter ontológico deben quedar en segundo plano frente a la diversidad de posibilidades discursivas ético-políticas (Romero Pérez 2011): «El ecofeminismo es diverso por proceder de distintos contextos vitales y de fuentes de inspiración feminista también variadas: anarquista, radical, socialista, espiritualista, anticolonialista...» (Puleo 2011: 21). Prueba de lo anterior es la poesía de María Valerón, quien —dentro de la literatura hecha en Fuerteventura o con el espacio majorero como protagonista— elabora una viva descripción de la isla como ente biológico. El feminismo en sus textos tiene su razón de ser en cuanto instrumento con el que combatir toda visión andocéntrica que se aleje de lecturas igualitarias: «La naturaleza había sido [...] una fuente inagotable de metáforas e imágenes, pero nunca la protagonista del relato» (Valerón Romero, 2013: 20). Desde una perspectiva ecofeminista, el análisis de *La pequeña vida* (2016) ofrece una reflexión sobre la relación entre el ser humano y su entorno, hasta ahora vertical, para ilustrar un vínculo horizontal posible entre ambos.

La elección de María Valerón Romero forma parte de un estudio más amplio donde se prioriza el paisaje literario de Fuerteventura, pues «tras el paisaje existen un lugar y unos seres que lo habitan que requieren atención y cuyo reconocimiento, lejos de ser banal para las artes y las letras, entraña profundas consecuencias éticas y estéticas» (Marrero Henríquez, 2009: 11). Por tanto, la estética de la recepción como perspectiva metodológica valora la influencia del ser humano en el medio ambiente: surge la necesidad de reinterpretar los textos y repensar con ello las acciones de quienes ocupan la geografía isleña. Se persigue una lectura que tenga presente los horizontes de expectativas contemporáneos, es decir, de crisis climática y medioambiental. Para ello, el presente artículo, si bien toma en consideración los principios de igualdad y equidad del feminismo, se aleja de cualquier formulación ecofeminista ingénita y trasciende así la cuestión de género no solo más allá del sexo, sino también más allá del vínculo cultural entre mujer y naturaleza, y hace transversal y complejo el análisis de la relación dialógica y horizontal entre la mujer y la naturaleza de la que también los hombres, seres humanos al fin, forman parte.



3. Educación ambiental y Fuerteventura poética

La literatura de María Valerón comienza su andadura con una propuesta comprometida con los problemas ambientales, como ya manifestó en su primera obra *La palabra como paracaídas* (2013), donde subraya el papel que desempeña la literatura como aliada en la defensa del medioambiente.

La poesía de María Valerón, aunque no renuncia a ninguna de las reivindicaciones básicas de la lucha medioambiental, plantea un ecofeminismo que no recurre al tono belicista que acompaña la contienda por la igualdad entre hombres y mujeres, y tampoco emplea el tono de permanente denuncia que ilustra la correlación naturaleza-mujer.

No se trata de una literatura “combativa”, sino [de] una puesta en evidencia del camino del deterioro del medio ambiente. Desde una mirada abatida, los poetas comienzan a manifestar una preocupación común por el fin del mundo que conocen. (Valerón Romero 2013: 17)

Su obra *La pequeña vida* (2016) es el ejemplo poético de una denuncia que no se construye a partir de la relación vertical entre el ser humano y el espacio que aquel ocupa y somete a su capricho.

3.1. Ni mujer ni hombre: ser ecológico

Los textos poéticos de María Valerón Romero (2016), a diferencia de sus textos periodísticos, observan la naturaleza y, en ocasiones, se dirigen a ella no para querellarse contra quienes se alejan de los principios ecofeministas, sino para fomentar una visión que refuerza las relaciones horizontales en un sistema que precisa, para su supervivencia, ser equitativo, equilibrado y sostenible:

Afirma Valerón que, en general, “la de Canarias y la [de] Fuerteventura es una historia de ecología, de lucha ecológica. El desarrollo sostenible es necesario para las Islas, tanto desde un punto de vista económico social y cultural, y eso es algo donde debe entrar la palabra. Es importante que los escritores reflexionen y se acerquen a esta conciencia, que ayuden en una lucha que tiene tantos años y que ahora está comenzando a explotar”. (Martin 2013: párr. 6)

La filosofía ecofeminista en *La pequeña vida* (2016) trasciende la lucha por la igualdad y la equidad entre géneros y, aunque se siga sustentando en los principios de justicia social que persigue el feminismo, invita a una interpretación que ubica a los lectores en el medio no como mujeres u hombres, sino como seres ecológicos, es decir, como elementos



biológicos que habitan en la naturaleza sin estar condicionados por sus rasgos sexuales biológicos o culturales de género:

Por pueblo tengo una isla entera [...]. Tengo una montaña que esconde tesoros, como un barco pirata en mitad del desierto, y cuando el sol se pone estalla en colores, y se vuelve violeta, verde, roja. Tengo acantilados blancos, de caracolas viejas, sal y arena, y tengo en cada costa una ventana que me saluda por mi nombre. (Valerón Romero 2016: 23)

3.2. Ni turista ni paisano: sentido universal de pertenencia

Afirma Katia Hueso que «El estudio de la historia ambiental nos enseña que hemos ido experimentando un alejamiento de la naturaleza. El filósofo Octavi Piulats lo llama “un extrañamiento del ser humano con respecto a lo natural”» (2021: 48-49). La Fuerteventura de María Valerón sufre este mismo extrañamiento porque se trata de una isla sometida por la industria del ocio, un ecosistema convertido en objeto de consumo, al servicio del turista y siempre a su disposición. En un lugar que se presume de paso, también sus propios residentes dejan de pertenecer al espacio en el que viven; se han desligado de él de tal manera que lo perciben ajeno, aunque la voz lírica de María Valerón insista en señalarles que «en la planta descalza se les quedaba siempre pegada una capa fina, un pegote de grumos, un desordenado trocito de la bola a la que pertenecieron, recordándoles que allí habían dejado una huella» (Valerón Romero 2016: 39).

El residente no vive en equilibrio con el hábitat, es una entidad independiente de este y lo explota sin remordimientos y sin sopesar las consecuencias de ello; incluso, como afirma Yi-Fu Tuan, «[...] a menudo el visitante es capaz de percibir en un ambiente méritos y defectos que han dejado de ser visibles para el residente» (2007: 95). Quienes habitan en la isla pueden permanecer ajenos al ecosistema sostenible compuesto por la flora y la fauna locales y, al mismo tiempo, ignorar las condiciones climáticas propias del lugar²:

Los seres humanos, como grupo o individualmente, tienden a percibir el mundo con el «Yo» en el centro. Egocentrismo y etnocentrismo parecen ser atributos humanos universales, aunque su intensidad varía considerablemente entre distintos individuos y grupos sociales. [...] Los seres humanos pierden sus atributos humanos a medida que se alejan del centro. (Valerón Romero 2013: 49-50)

² Fuerteventura presenta un clima árido, cálido y de precipitaciones escasas como consecuencia de su baja altitud; además, es la más próxima al continente africano y su geomorfología muestra mayor similitud con este que con las islas más occidentales.



Así pues, el ser humano se alza como la única especie que, de manera consciente y premeditada, considera «lo externo como un elemento pasivo y receptivo, que existe meramente para ser usado y dominado» (Rey Torrijos 2010: 157).

3.3. Ni infierno ni paraíso: una isla atlántica

Si María Valerón considera que «La naturaleza había sido [...] una fuente inagotable de metáforas e imágenes, pero nunca la protagonista del relato» (2013: 20), ¿qué hay, entonces, en el paisaje Fuerteventura, casi lunar, que tanto atrae a propios y extraños? ¿Por qué es esta una isla paradisíaca si rompe con el arquetipo del jardín del Edén? En la obra *La pequeña vida* (2016), la isla protagonista no es un objeto de consumo, sino un lugar de hipnótica belleza; sin embargo, no encontraremos en sus páginas ni un frondoso vergel ni «La Isla Paradisíaca [que] aparece frecuentemente y desde la antigüedad más remota en las narraciones de viajes reales o imaginarios [...] anhelo de búsqueda para exploradores, primero, y turistas, después» (Ramón Cardona et al. 2015: 699).

Fuerteventura, lejos de ensoñaciones homéricas, responde a las ideas de aislamiento, soledad y marginalidad: «En un principio creyó que el mundo era un espacio cerrado, como una botella vacía» (Valerón Romero 2016: 33). No obstante lo anterior, en «Encontrarse» (33–34), María Valerón se da cuenta de que los límites insulares no terminan en el perímetro de la isla, sino que se adentran en el mar y alcanzan a la isla vecina de Lanzarote. Así las cosas, Fuerteventura y Lanzarote configuran un conjunto de elementos similares que se diferencian por completo del resto de islas que ordenan el archipiélago.

Plinio el Viejo [...] es el autor que mejor describe y sitúa las *dos islas de las Hespérides* [...] en toda la Antigüedad. [...] ambas islas se identifican exclusivamente con Lanzarote y Fuerteventura. Estas dos islas fueron percibidas durante la Antigüedad como un archipiélago diferenciado del resto de las Canarias, a las que, siguiendo a Juba II, denomina Afortunadas. (Santana Santana y Arcos Pereira 2006: 91)

Lejos de ser un frondoso vergel, la isla majorera de María Valerón redefine el concepto de paraíso en unos textos en los que el desierto, el mar y la ausencia de agua dulce son componentes fundamentales. Esta nueva configuración del mito del paraíso invita no solo a estudiar la evolución de un mito desde la perspectiva de la historia literaria, sino también a hacer una lectura didáctica del espacio majorero comprometida con el medio ambiente. En este paraíso desértico, la voz poética compone un elemento más del singular paisaje, pues no pretende modificarlo, alterarlo y, mucho menos, someterlo.



De alguien escuché una vez que para Canarias la mar no era una frontera. La mar no podía ser un inmenso muro salado que aislara, dividiera, alejara a cada porción diminuta de terreno del resto de ciudades del mundo. No; para Canarias la mar es el camino que nos une a todo lo que está más allá. (Valerón Romero 2013: 39)

3.4. Fuerteventura sanadora: de la isla a la palabra

Para María Valerón, somos un «despliegue de palabras [...], acostumbrados como estamos a la acrobacia circense de bailar la cuerda floja» (2013: 36). Surge la posibilidad de la palabra sanadora como recurso para la reivindicación de lo femenino; el «texto literario [sostiene Iris Zavala] nos propone imágenes, identidades e identificaciones, mediante las cuales configuramos nuestras vidas y actitudes» (Servén Díez 2008: 10). La visión que la mujer tiene de su realidad local más inmediata se vuelve fundamental porque en ella residen los elementos y de ella emanan las palabras que propiciarán el cambio, incluso con aquellas representaciones cuyo fin no sea otro que el del mero placer estético: «el don de la voz femenina rehúye las imposiciones patriarcales y retrata lo femenino como fuerza dinámica e interdependiente con la naturaleza» (Campos López 2018: 30).

La descripción del paisaje es uno de los recursos de los que se vale María Valerón para dar testimonio de su percepción del entorno y proporcionar al lector una herramienta para, con conciencia ambiental, leer el paisaje y los textos que lo representan:

Por casa tengo una isla vieja, la más vieja de todas, que respira como devolviendo el golpe de todos los años que le tocó vivir. Puedo pasearme por lo que queda del fuego que fue un día, puedo tocar las arrugas que la marea le deja en la piel escamada y blanca, puedo acariciar los poros abiertos que un día fueron lluvia. (Valerón Romero 2016: 23-24)

La palabra se convierte en el medio para ilustrar la realidad y, como afirma Francisco Soler, para dar muestra de las «vivencias de las mujeres en su contexto, [para] escribir su historia [a] partir de la realidad que ellas viven, de los significados que atribuyen a su lucha cotidiana, de cómo ven su medio ambiente» (2016: párr. 3) o, en otros términos, para afirmar la realidad local a través de las obras escritas:

La palabra se extendió como un paracaídas. Y llegó a oídos de muchos, y muchos aportaron, a su vez, su palabra. Llegó a oídos de tantos que el paracaídas se fue abriendo, expandiéndose con palabras; tantas letras, poemas, canciones, tanta voluntad colectiva, que, entre todos, pararon la caída en picado. (Valerón Romero 2013: 37)

3.5. Ni folclórica ni global: la patria chica



El espacio isleño majorero sirve como medio para reformular el concepto de patria chica: María Valerón se aleja del folclore comercial como rasgo cultural identitario y, al mismo tiempo, evita aquellos escenarios de carácter neutro y despersonalizados, no-lugares, como pueden ser plazas, mercados, oficinas, centros comerciales y aeropuertos de cualquier isla turística:

Todas las tardes que vimos las olas escurrirse en la orilla. El escondite, la cogida y el tuli. Todas las parrandas y el timple desafinado. Aquella mala improvisación de blues con una travesera [...]. La risa de las abuelas, la risa del abuelo, conversaciones con los ojos grandes de tu madre, café con el brazo fácil de tu hermana. (Valerón Romero 2016: 31)

La patria chica de María Valerón sí incluye relaciones familiares, aspectos lingüísticos, rasgos de la tradición popular y la sapiencia de su gastronomía. El sujeto lírico concibe la isla y su contexto atlántico como su pueblo, y la despoja de todas las vestiduras artificiales con el fin de lograr una conexión auténtica y profunda con el espacio que lo rodea. Según Alicia Llarena (2007), el vínculo con el entorno queda de manifiesto cuando

[...] por todas partes asoman las huellas de esta definitiva relación entre el sujeto y su medio, y argumentos que enfatizan el carácter significativo del espacio vivido, de la localización, del enraizamiento y la pertenencia, una cuestión más profunda que la mera persuasión en el orden físico. (45)

3.6. Ni desierto ni vergel: la isla seca es fértil como el agua

En «Todo verdor» (Valerón Romero 2016: 19) —el título del texto rinde homenaje al poema homónimo de Mario Benedetti—, el motivo principal es el agua, que es el elemento del que se vale María Valerón para dar fe del carácter cíclico de la vida y que será una constante no solo en *La pequeña vida*, sino, también, en toda su obra: «yo había sido océano, después gota en el mar de nubes, luego agua de tarosá, o gota del rocío, o agua para laderas». Siempre agua que vuelve, y que es la misma, para dar comienzo a la vida: «me evaporé y caí, sembré y crecí» (20). Esta manera de identificar y ubicar el agua de las primeras horas de la mañana confirma un profundo ejercicio de observación.

El agua, en todas sus formas, es ejemplo de la capacidad que tiene la vida de adaptarse al medio y así lo manifiesta María Valerón cuando emplea la figura del iceberg que se evapora como símbolo del deterioro medioambiental de una casa, su isla, de la que, «cuando se desmenuce, en un millón de granitos de sal, tendrás que despedirte» (22).

Cuando María Valerón crea su patria chica en «Por casa, una isla entera» (23), lo hace mediante los elementos que la circunscriben, todos ellos de carácter marítimo; la isla es tal cosa por el mar que la rodea: «Por pueblo tengo una isla entera, llena de orillas, llena



de puertos. [...] y puedo tocar con mi pie cada tarde el océano más grande del mundo» (23). El líquido elemento repite el ciclo de la vida: «y puedo verme a mí misma, sumergida en el agua, naciendo y muriendo todos los días» (24). Mar, viento, orilla o espuma son las piezas que conforman, junto a la isla seca, su casa.

En «Una ciudad de mar» (25) la escritora da cuerpo al texto extrapolando características acuáticas a los elementos terrestres. El agua es una semilla que ha de dar vida a esa tierra en la que no crece nada. María Valerón reafirma su pertenencia a esa patria acuática y desértica con una nueva configuración de lo paradisiaco: «Como si en la arena de la playa alguien, un día raro, hubiera plantado una semilla azul de agua pura, que con el tiempo creciera y se expandiera en ramas de oleaje» (25). La aridez mayorera encierra vida, es un ecosistema en el que sobreviven una flora y una fauna muy concretas junto a no pocos endemismos. La escasa vegetación de la costa se extiende hasta el fondo marino y crea extensas comunidades vegetales, y en tierra firme la arena es un enclave perfecto, no solo para algunas aves nidificantes, sino también para aquellas que emigran huyendo del duro invierno.

No se trata de una playa de *souvenir*, de postal, de una arena invadida de turistas o del océano recreativo de una isla destinada a la explotación turística y a la especulación urbanística; el mar y la isla son seres benefactores que acuden en la ayuda de quienes los protegen de las agresiones de aquellos que solo ven en ellos un objeto de codicia y de explotación capitalista.

3.7. Bioalfabetización y biodiversidad

El enfoque ecocrítico pone su punto de mira en la bioalfabetización, en el proceso de aprendizaje que subraya la importancia de la biodiversidad, e insiste en la diferencia entre ecocentrismo y antropocentrismo, es decir, pretende una aproximación para instruir al individuo en el habitar, incluso en situaciones de desarraigo: «Los paisajes [y los textos] podrían presentar un valor ecocéntrico siempre y cuando sean tratados como seres biológicos» (Campos López 2018: 6). En María Valerón, la hipotiposis³ referida a ciertos regionalismos sirve como ejemplo de una lectura comprometida con los procesos que tienen lugar en la naturaleza y, por extensión, con la relación entre los habitantes y la isla que ella observa. En el contexto de los ciclos naturales, por ejemplo, esta ilustración puede incluso darse al margen de la linealidad de la historia: «Recordaré a quien se olvide que

³ Se trata de «una ilustración en la cual lo vívidamente representado es elaborado con tal detalle que parece estar presente, y presentarse a sí mismo en persona y completamente por sí mismo. Algunos sinónimos del término, tales como enargeia, evidentia, illustratio, y demonstratio, enfatizan aun (sic) más la habilidad de la hipotiposis para presentar un asunto como si realmente fuera contemplado por los ojos.» (Gasché 2010: 213-214)



las estaciones son un eufemismo; en el invierno de este lado del mundo, la otra mitad del planeta celebra que crecen las flores» (Valerón Romero 2016: 19).

La bioalfabetización cuestiona la relación mujer-naturaleza en tanto que mujer y naturaleza representan el espacio de producción y explotación masculinas; hechos que señalan que no todas las mujeres muestran una actitud protectora y maternal hacia la naturaleza, que no todos los hombres encajan en el estereotipo de lo masculino y que tanto hombres como mujeres se mueven en una estructura explotadora de recursos de la que ambos participan. En efecto, la sociedad de consumo no excluye a las mujeres, sino que las incorpora plenamente en los planes promocionales y de mercado de los productos que se ponen a la venta y María Valerón, en su «Ensayo sobre la rabia» (21), apunta que esa ira necesita ser conocida, que hay que «abrazarla, abrirla, escucharla, como a un bebé que llora. Vigilar todas sus esquinas. Atender su hambre, su frío y sus ganas».

Al mismo tiempo, la bioalfabetización pone de manifiesto el hecho de que muchos movimientos de relevancia social a favor del cuidado medioambiental están encabezados por mujeres cuyas iniciativas propician el cambio en las estructuras sociales de sus comunidades: luchas similares a las que se dieron ante las sequías sufridas en Cabo Verde durante los años 70 o la reforestación hondureña tras el huracán Fifi-Orlene de 1974 se repiten en Jamaica, Sudán, Corea, Kenia o Indonesia. Llama la atención que estas mujeres procedan, por lo común, del medio rural, y que sea femenino el marchamo de la actividad de regeneración del sector primario agrícola. En esta línea publica María Valerón su obra *La palabra como paracaídas* (2013), donde se hace eco de las voces de quienes, en 2001, participaron en las manifestaciones en contra de las «perforaciones petrolíferas junto a las costas de Lanzarote y Fuerteventura» (39) y las convierte en un vehículo didáctico en favor del medioambiente.

No se puede entender la lucha feminista sin la defensa del medio ambiente, pues los efectos del sistema capitalista y patriarcal se producen más allá del ámbito doméstico y, en consecuencia, concienciar al ser humano sobre su rol en el ecosistema significará feminizar su identificación con lo masculino:

Es la cultura y no la naturaleza la que configura los roles de hombres y mujeres, que son variables a lo largo de la Historia pese al determinismo biológico con que se atribuye un destino exclusivamente doméstico al género femenino. [...] de esa pretensión de reestructuración permanente parten las distintas corrientes críticas feministas, que procuran poner el acento en la consideración de la mujer como sujeto. (Servén Díez 2008: 10)

La relación entre la mujer y la naturaleza se presenta como un proceso natural que se justifica no ya con argumentos esencialistas, sino con un ecofeminismo crítico o ilustrado (Díaz Estévez 2019). Esta proximidad —a pesar de que está determinada por circunstancias históricas y luchas de poder con las que se pretende justificar la correspondencia— busca la reconciliación del ser humano con su entorno: «Por un pueblo



tengo, intactos, mar, viento, orilla y espuma. Por hogar tengo una anciana que expande, cansada, su cuerpo sobre el abismo» (Valerón Romero 2016: 24).

Desde un ecofeminismo entendido como herramienta bioalfabetizadora, huelga insistir en que no solo lo humano —una vez superada la lucha por la igualdad de género— merece ser tenido en consideración, sino que los elementos no-humanos son demandantes de las mismas reivindicaciones de igualdad y equilibrio. En consecuencia, el discurso ecofeminista de María Valerón en *La pequeña vida* (2016) invita a reflejar la paridad de lo humano y no-humano de manera categórica: «Aprendió a no buscarse en el espejo. Decidió no venderse» (Valerón Romero, 2016, p. 33). Sus textos ponen en valor los elementos de un paisaje tras el paisaje y evidencian que, aunque el marco de las reivindicaciones ecofeministas es global, las posturas a favor de comenzar desde lo particular parecen pronosticar mejores resultados: «todos los barcos tienen lanas. Si no las conoces búscalas, son esos pequeños hilos espías que susurran de dónde viene el viento. / Si quieres ir lejos escúchalas: ellas saben dónde girar la vela» (32). Desde lo cotidiano, los objetivos se antojan asequibles y los resultados inmediatos.

4. Resultados

4.1. Oír la isla

Lejos de cualquier protesta, de denuncias o litigios, María Valerón nos revela lo que dice la isla: «Antes de quedarme sorda, que me llamen caracolas, y gaviotas, y olas, y sirenas. Antes de quedarme sorda que me llame mi océano» (2016: 38). Interpretar la manera en la que la naturaleza actúa requiere un esfuerzo de compenetración capaz de crear un vínculo identitario entre el observador y lo observado que, en el caso de la isla, invita a la autora a abrirse al confinamiento. El hecho de que *La pequeña vida* exprese este proceso de identificación *abierto al confinamiento* es síntoma inequívoco de un ecofeminismo que evita acercarse a la naturaleza como un simple recurso mercantil (Campos López 2018: 16).

4.2. El mito trascendido

La isla de María Valerón no representa el paisaje edénico del que se valen los operadores turísticos para ofertar sus productos vacacionales; sus textos son los de una persona que no se somete a la visión mercantilista del *locus amoenus* y huye del «paraíso que se compra en una agencia de viajes y que, ya en destino, desempeñará el papel de escenario más bien intrascendente» (Marrero Henríquez 2012: 16).



El agente ecológico de su voz poética supone un contrapunto frente al «turista [que] no se dirige a la naturaleza inmediata, cercana, sino a la naturaleza exótica de África [...], un mundo natural domesticado» (Fernández Guerrero 2010: 252).

4.3. Sexo y géneros trascendidos

El paisaje literario en *La pequeña vida* (2016) pone en valor la calidad de la relación entre María Valerón y la naturaleza: «Yo, nadie, digo que los amantes de los jardines cuidamos el pasto» (19). Esta relación supera la visión exclusivamente femenina que subraya las muestras de afecto, los cuidados y el símil donde mujer y naturaleza son los elementos que proporcionan alimento y establece otra relación de diálogo, recíproca, sin que ello suponga humanizar la naturaleza. El ecofeminismo de sus textos supera los «dualismos jerarquizados» (Velasco Sesma 2016: 197) de hombre-mujer y humano-naturaleza y propone «revaloriza[r] la parte considerada inferior» (197).

El respeto, la empatía o la alteridad estimulan y promueven relaciones cordiales y amables que reconocen y aprecian las diferencias entre lo humano y lo no-humano, diferencias desde las que redirigir la mirada hacia lo ajeno; se evita así perpetuar acciones de dominación y explotación y se consigue un acercamiento hacia posturas eco-sostenibles.

4.4. La isla trascendida

Por un lado, el mar o el océano, como parte de la isla, no incomunican a la escritora; al contrario, la conectan con el resto del mundo y protegen el lugar donde ella habita. Para María Valerón, el concepto de casa implica también el Atlántico que la rodea:

Por pueblo tengo una ola redonda de espuma, que brilla y se devora a sí misma. Tengo el sol de las siete de la tarde, y tengo todas las luces de la ciudad reflejándose en la última capa de mar de la arena. (2016: 23)

Por otro lado, el propio cielo de Fuerteventura, en combinación con el mar antes mencionado, es otro medio de comunicación con los espacios que quedan lejos de los márgenes de la isla: «Me gusta escuchar historias sobre las estrellas, me gusta saber que siempre van a estar ahí y me gusta pensar que los piratas podemos usarlas para atravesar desiertos, marejadas y acantilados» (Valerón Romero 2016: 26–27).

Por último, la naturaleza de la isla también brinda a María Valerón un escenario desde donde cruzar las fronteras físicas del espacio y llegar a otras de carácter metafísico: «La piel siempre será un disfraz [otra frontera] de lo que somos» (Valerón Romero 2016: 31). Las reflexiones, una vez superadas las barreras geográficas, justifican la libertad para el ser humano, a quien ella representa, y el espacio en el que este ha de vivir.



5. Conclusiones

El ecofeminismo es un movimiento que no permite posturas estáticas o invariables. Así las cosas, he resuelto que el esteticismo – la hipotiposis, si se prefiere – permite también un diálogo paritario centrado en el valor comunitario de los seres-humanos y los seres no-humanos; es por ello por lo que una descripción viva y vigorosa de la naturaleza no necesariamente excluye una lectura ecocrítica.

Por otro lado, los textos de María Valerón proponen una lectura con la cual hacer un ejercicio de bioalfabetización y concienciar a los seres humanos sobre su relación con los ecosistemas; de este modo se puede ver si realmente, y en relación con el entorno de Fuerteventura, hay algún tipo de nexo que confirme el vínculo entre la naturaleza, la ética del cuidar y la mujer, y se prueba, lejos de una perspectiva subordinada al género, que existe una sólida sensibilidad hacia el medio y que esta sensibilidad no necesariamente implica denuncia, aun cuando la huella del ser humano es tan evidente en este momento de crisis ecológica.

El espacio literario de Fuerteventura – la isla y el océano que la circunscribe – es un elemento singular que se aproxima a su estado real natural cuando es descrito con franqueza mediante una conexión espiritual que refleja esa relación de maridaje más allá del yo lírico. Queda expuesta, así, la fragilidad de la concepción clásica del paraíso y se refuerza la visión de lo bello subjetivo, incluso en un escenario de aparente marginalidad y constantemente orillado.

Dentro de este espacio insular, el mar – y, por extensión, el océano – no es el patio de recreo del foráneo, sino un ser viviente, dentro de una naturaleza no-humana, que desdibuja un paisaje, en apariencia, yermo. El agua, en todas sus formas, no expresa una necesidad vital, tan solo es una suerte de compañera por la que estar agradecidos.

Por último, en este proceso de bioalfabetización, cabe destacar que dentro de la literatura ecofeminista cualquier texto es posible, siempre y cuando haya una clara conciencia de ese espacio que permanece y nos supera; no cabe la idea de una naturaleza heredada, pues eso supondría cosificarla, evitándole ser un sujeto más del entramado ecológico. Sin embargo, antes de llegar a considerar la naturaleza como parte del ser humano y a este como parte de la naturaleza, el camino a desbrozar es tal vez feminizar lo masculino y hacer que el ser humano se haga naturaleza biológica sin marcadores sexuales vinculados a una lógica de opresión y servicio. Se trata más de implementar una mentalidad de colaboración ecosistémica que de dominación y uso. Pero, tal vez, el primer paso sea feminizar la percepción y hacer que la masculinidad de la percepción se haga



femenina hasta el punto de que lo masculino y lo femenino confluyan en una percepción uniformada, ecológica *sensu stricto*.

Por el momento, no obstante, valga con hacer de la feminización de la lectura del paisaje literario un elemento para la bioalfabetización.

BIBLIOGRAFÍA

- Antón Fernández, Eva. «Claves ecofeministas para el análisis literario.» *GénEros. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género* 21 (2017): 45-74. Web. 12 Abr. 2021.
- Campos López, Ronald. «De lagos y lagunas en la ecopoesía hispánica contemporánea.» *Revista Estudios. Especial: Naturaleza amena y naturaleza agreste en las letras hispánicas* (2018): 1-59. Web. 22 Mar. 2021.
- Díaz Estévez, Andrea. «Ecofeminismo: poniendo el cuidado en el centro.» *Ene* 13.4 (2019): 3-19. Web. 2 Mar. 2023.
- Fernández Guerrero, Olaya. «Cuerpo, espacio y libertad en el ecofeminismo.» *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 27.3 (2010): 243-256. Web. 12 Abr. 2021.
- Gasché, Rodolphe. «Hipotiposis.» Trad. Nicolás Trujillo Osorio. *Revista de Humanidades* 22 (2010): 207-228. Web. 22 Mar. 2021.
- Gates, Barbara. «Una raíz del ecofeminismo: écoféminisme.» Trad. Margarita Carretero González. *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*. Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigal (eds.). Madrid: Iberoamericana, 2010. 167-176. Impreso.
- Hueso, Katia. *Educación en la naturaleza*. Barcelona: Plataforma Editorial, 2021. Impreso.
- Llarena, Alicia. *Espacio, identidad y literatura en Hispanoamérica*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa Editorial, 2007. Impreso.
- Marrero Henríquez, José Manuel. «Sobre lecturas del paisaje.» *Lecturas del paisaje*. José Manuel Marrero Henríquez (Coord.). España: Servicios de publicaciones y difusión científica de la ULPGC, 2009. 9-16. Impreso.
- . «Turistas en el edén: La evolución literaria del paraíso.» *Revista de Literatura* 74.147 (2012): 12-30. Web. 4 May. 2021.
- Martin, Sebastian. «XXIV Feria del Libro de Fuerteventura: La joven periodista María Valerón publica el libro de la feria, 'La palabra como paracaídas'.» *Fuerteventura Digital*, 26 de abril 2013. Web. Ene. 2021.
- Puleo, Alicia. *Ecofeminismo: Para otro mundo posible*. Madrid: Cátedra, 2011. Impreso.
- Ramón Cardona, José, et al. «El mito del paraíso perdido en la definición del destino turístico.» *Estudios y Perspectivas en Turismo* 24.3 (2015): 697-717. Web. 3 May. 2021.
- Rey Torrijos, Esther. «¿Por qué ellas y por qué ahora? La mujer y el medio natural: orígenes y evolución del ecofeminismo.» *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*.

- Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigal (eds.). Madrid: Iberoamericana, 2010. 135–166. Impreso.
- Romero Pérez, Rosalía. «Filosofía, feminismo y democracia en España.» *Investigaciones Feministas* 2 (2011): 339–353. Web. 14 Abr. 2021.
- Santana Santana, Antonio, y Trinidad Arcos Pereira. «Las dos islas Hespérides atlánticas (Lanzarote y Fuerteventura, Islas Canarias, España) durante la Antigüedad: del mito a la realidad.» *Gerión* 24.1 (2006): 85-110. Web. 23 Mar. 2021
- Servén Díez, María del Carmen. «Canon literario, educación y escritura femenina.» *OCNOS* 4 (2008): 7-20. Web. 16 Abr. 2021
- Soler, Francisco. «Mujer y naturaleza.» *La Opinión de Málaga*, 9 de marzo 2016. Web. 16 Abr. 2021
- Tuan, Yi-Fu. *Topofilia*. Trad. Flor Durán de Zapata. Barcelona: Editorial Melusina, 2007. Impreso.
- Valerón Romero, María. *La palabra como paracaídas*. XXIV Feria del Libro de Fuerteventura. Fuerteventura, España: Cabildo de Fuerteventura. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico. Centro Bibliotecario Insular, 2013. Impreso.
- . *La pequeña vida*. Canarias en letras. Las Palmas de Gran Canaria: FUNDACIÓN MAPFRE Guanarteme, 2016. Impreso.
- Velasco Sesma, Angélica. «Ética del cuidado para la superación del androcentrismo: hacia una ética y una política ecofeministas.» *Revista CTS* 11.31 (2016): 195-216. Web. 16 Abr. 2021

Fecha de recepción: 21 de agosto de 2022
Fecha de aceptación: 15 de febrero de 2023

